



CUADRO DE M. ALCÁZAR.

PRISION DE FRANCISCO I EN PAVIA

(24 DE FEBRERO DE 1525)

La primera mitad del siglo XVI, la llenaron el monarca francés Francisco I y el rey de España y emperador de Alemania Carlos V, con sus rivalidades y sus luchas, que necesariamente habían de producir una guerra sin tregua.

Consignemos, á fuer de justos y veraces, que la provocación partió, generalmente, del monarca francés, dolido de que los electores alemanes otorgaran á Carlos de Gante la Corona Imperial á que Francisco aspiraba, llegando hasta desafiar al Rey de España, quien, noblemente, se dispuso á recoger el guante que su enemigo le arrojaba, impidiéndoselo las ciudades españolas.

Además de esto, á la envidia del político se unían los celos del hombre, pues, según un distinguido publicista, el constante empeño del monarca francés consistió en demostrar á las gentes que era un digno rival de Carlos V, sin lograr jamás su propósito.

Francisco I hablaba, y hablaba mucho, y sabido es el adagio:

« Que de can que mucho larra
nunca nada vos temades. »

Carlos V, por el contrario, no hablaba nunca, y callando ganó batallas, conquistó ciudades, y dominó reinos.

Francisco I se vanagloriaba — ¡vanidad de vanidades! — de ser más afortunado en las lides amorosas, y aún en este punto aparece vencido por Carlos de Gante, según después veremos.

En 1525 atraviesa los Alpes Francisco I y al frente de un poderoso ejército penetra en Italia, ansioso de arrebatársela al poder de los imperiales de Carlos V, empezando por sitiar á Pavia, antigua capital del reino de los Lombardos, situada á la margen izquierda del río Tessino, famosa por su Universidad fundada en el siglo XIV, la cual defendía con un puñado de soldados el valeroso capitán español Antonio de Leiva.

El ejército imperial levantó su campo de Lodi el 24 de Enero, dejando allí alguna fuerza al mando del Duque de Milán, Francisco Sforza, para cubrir la plaza de Cremona, y tomó el camino de Milán amenazando esta plaza con el objeto de obligar á Francisco I á abandonar sus posiciones frente á Pavia. No habiéndolo conseguido, cambió bruscamente de dirección á la izquierda cayendo por Marignano sobre la pequeña villa de Santángelo, punto fortificado que aseguraba la retirada sobre Lodi y que fué tomado al asalto el día 30 por Fernando Dávalos, Marqués de Pescara, con sus españoles.

Los imperiales siguieron avanzando con precaución, llegando el 7 de Febrero á las alturas de San Alesio, donde establecieron su cuartel general, frente al campo francés.

Francisco I guarneció entonces las posiciones de San Salvador, San Lanfranco, San Lázaro y San Paolo, que formaban sus alas; aumentó las defensas de su campo, y dispuso convenientemente su numerosa artillería, con lo cual, sin dejar de estrechar á Pavia, mostraba la cara á los imperiales.

Los soldados de Carlos V, faltos de recursos é inferiores en número, se limitaron á sostener frecuentes escaramuzas y sorpresas, para mantener en sobresalto á los franceses.

Falta la guarnición de Pavia de víveres y municiones, reunieron los capitanes imperiales, aceptando el parecer de Pescara, consistente en caer por un movimiento oblicuo sobre la izquierda del grueso de los franceses, amenazando sus comunicaciones con Milán, única línea que tenían de retirada, y haciendo después una conversión, arrojarlos sobre Pavia, de donde oportunamente saldría Antonio de Leiva atacándolos por la espalda.

El 24 de Febrero empezó á desfilar el ejército imperial en una sola columna con dirección á Mirabello, en la siguiente forma:

Vanguardia: compuesta de un pequeño cuerpo de caballería ligera y de arcabuceros á pie, regida por Hernando de Alarcón.

Centro: cuatro divisiones de infantería; la primera, de tres mil españoles y alemanes, con dos cañones, mandada por el Marqués del Vasto; y las otras tres de á cuatro mil hombres capitaneadas por Pescara, Lannoy y el Condestable de Borbón. Y retaguardia: á cargo de Juan Aldana; dos mil italianos, con cuatro piezas de artillería y el bagaje.

La caballería, — unos mil cuatrocientos jinetes entre hombres de armas y ligeros, — dividida en dos trozos, flanqueaba por ambos lados las divisiones de infantería. En total: unos veinte mil hombres y cinco mil que podía aportar Leiva, si lograba salir de Pavia.

Los franceses eran diez y nueve mil infantes y dos mil cuatrocientos caballos con el rey, ocho mil hombres en San Salvador y San Lázaro; y dos mil infantes, con alguna caballería ligera, sitiando Pavia.

Comenzada la batalla el día 25 el duque de Alençon desordenó y arrolló nuestra retaguardia, embarazada con la impedimenta, cogiéndola las cuatro piezas que llevaba, si bien, quebrantado por las pérdidas sufridas, lejos de continuar la arremetida, se retiró presuroso hacia Milán.

El marqués del Vasto tomó la casa de Mirabello y una colina próxima, y el ejército imperial, haciendo un giro á la izquierda, avanzó en orden oblicuo contra la línea francesa, mientras la vanguardia procuraba cogerla de flanco por la derecha.

Francisco I, impaciente, púsose á la cabeza de la caballería, cargando sobre los imperiales cuyos escuadrones cedieron ante un ataque tan rudo.

Rápidamente acude Pescara y logra restablecer el orden del combate, distribuye mil quinientos arcabuceros escogidos entre las filas de nuestros caballos, y al frente de los suyos rechaza á los jinetes contrarios, que empiezan por retroceder y caaban por huir.

La izquierda francesa, compuesta de Suizos, es desbaratada, y muerto su jefe Diesvach.

Francisco I, que mandaba el centro, procura resistir, pero atacado por todas partes, incluso por la espalda, — pues Leiva ha logrado salir de Pavia y destrozar los franceses que guardaban San Salvador, inutilizando el puente que tenían sobre el Tessino, — es también roto y disperso por las mangas de los arcabuceros imperiales que con sus ciertos tiros inutilizan á los artilleros franceses.

En derredor de Francisco I sucumbió la flor de la nobleza francesa.

El rey trató de salvarse; pero su caballo cayó herido, derribando al jinete, y el monarca francés vióse prisionero del soldado vizcaíno Juan de Urbietta, según unos, y según otros de Diego de Avila, del gallego Pedro Pita, da Veiga y del catalán Juan de Aldana.

No queriendo rendir la espada á su compatriota, el Condestable de Borbón, por juzgarle traidor, la entregó al Duque Lannoy, virrey de Nápoles y jefe del ejército imperial.

Los generales españoles, para informar al Emperador de tan señalada victoria, mandaron por tierra al commendador Peñalosa, á quien Francisco I dió un salvo con-

ducto para atravesar la Francia y una carta para la Regente, su madre, con las célebres palabras: *Señora, todo se ha perdido menos el honor.*

También cayó prisionero el titulado Rey de Navarra, Enrique de Albret, de los soldados Ruy Gómez, Juan de Pernia y Cristóbal Cortesía.

Más de diez mil hombres quedaron muertos, heridos ó ahogados en el Tessino. Perdieron los franceses toda la artillería; centenares de banderas; armas, caballos y efectos de guerra; un cuantioso botín en dinero y alhajas; y ocho mil prisioneros, entre ellos muchos nobles que no quisieron salvarse abandonando á su Rey.

El triunfo de Pavia, debido principalmente á Pescara, produjo la conquista de Milán, y que á los quince días de obtenida no quedase un francés en toda Italia.

Francisco I fué conducido á Madrid y encerrado en la Torre de Lujanes, en la Plazuela de la Villa.

Memorias secretas, admitidas por algún ilustre historiador, contaron que, para obtener la libertad del monarca francés vino á Madrid su hermana Margarita, no como reina contratante, porque no lo era, pero sí como dama mediadora, — que bien pudo ser una constelación dichosa en el planeta de Carlos V, — intervención que Francisco I no debió permitir bajo el doble punto de vista del caballero y del hermano; mucho más estando resuelto á obtener la libertad, fueren cuales fueren las condiciones que el vencido le impusiera, ya que su resolución era la de no cumplirlas, como luego demostró.

Recordarán nuestros estimados lectores que la espada de Francisco I rendida en Pavia, que se conservaba en nuestra Real Armería, fué devuelta á instancias del general Murat, al Emperador Napoleón, en 1808, por un acto de baja humillación del rey Fernando VII y sus consejeros; pues bien, ahora, y merced á un precioso libro del erudito escritor don Enrique Leguina, que lleva por título *Espadas históricas*, sabemos que la entregada á Murat no fué la verdadera, y si otra de exquisito dibujo, llena de piedras preciosas, impropia para luchar. El señor Leguina ha examinado en la Real Armería el puñal que llevaba Francisco I en Pavia, fuerte y rudo, verdadera arma de combate, en nada parecida á la espada devuelta, y confía en que, después de las vicisitudes é incendios porque la Real Armería ha pasado, aparezca la espada compañera del citado puñal.

¡Y véase cómo, por extraño que parezca, puede llegar una ocasión en que la ignorancia sea una falta meritoria!

Tal es el asunto del hermoso cuadro que el ALBUM SALÓN ofrece en este número á sus ilustrados lectores.

E. RODRIGUEZ - SOLIS

PERCHELERAS

No vi una trenza de pelo
ni más rubia ni más larga,
ni dos ojos más azules
que los ojos de tu cara.

Le dijo el sol á tus ojos:
— Niños hacéis el favor
de entornaros por un rato
y que pueda alumbrar yo.

Se abrieron antes de tiempo
las rosas de mi rosal,
que va á pasar mi flamenca
y quieren verla pasar.

De ermitaño no te fies
que esté siempre repicando,
pues si repica no reza
el bueno del ermitaño.

Jardinero confiado,
no te llegues á dormir,
pues hay ladrones que quieren
las rosas de tu jardín.

No pretendas imitar
al perro del hortelano,
¡si tu campo no da trigo
deja que labre otro campo!

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

LA CARIDAD

El bien de la humanidad,
á mi parecer, se funda
en esa virtud fecunda
que llamamos caridad.
Quien con santa abnegación
la consagra su existencia,
tendrá paz en la conciencia,
sosiego en el corazón.
¡Feliz quien tender el vuelo
por su extenso campo sabe!
¡La caridad es la llave
que abre las puertas del cielo!

FERNANDO FRANCO
FERNANDEZ



PAISAJE ASTURIANO. — Cuadro de ENRIQUE MARTÍNEZ CUBELLS.

LAS DOS ROSAS

MUERTA su mujer, y arruinado casi simultáneamente, parecióle que el mundo se había desplomado sobre su cabeza. Acobardado, vencido, no se sentía con fuerzas para salir del abismo sin fondo en que cayera. Con las migajas de su fortuna, aquí y allá dispersas, y merced al crédito nunca usado, fué tirando una temporada, pero después vino la miseria, la sucia, mal oliente, embrutecedora miseria, la que no perdona, y contra la que casi nunca prevalecen los tirones de las víctimas para substraerse a sus garras. Aquel hombre de claro y brillante talento, de instrucción vastísima, de sentimientos nobles y generosos, dotado de un valor a toda prueba y de un don de gentes que pocos poseían en tan alto grado, conoció los días sin pan, las noches sin albergue, los trajes comidos por el uso y por la mugre, el asco y el desprecio de sí mismo. Tenía veintinueve años, y parecía de mucha más edad. Encorvado, displicente, aburrido, desesperado, pasaba por calles y paseos, sin mirar a nadie, contemplando la interior querida imagen que le llamaba desde su fría cama de piedra.

Para no acabar de hundirse más, aceptó un empleo en un establecimiento de crédito, y... sin voluntad propia, sin apego a nada ni a nadie, pero con la pitanzá asegurada y con el traje menos derrotado que meses antes, dejaba transcurrir la vida sin esperanzas y sin deseos; hoja muerta a la que el soplo de la existencia empujaba sin objeto hasta que llegara el instante de la eterna caída.

Dos ó tres años hacía que llevaba esa existencia de autómatas. No hablaba ni saludaba á ninguno de sus antiguos compañeros; no tenía amorfos; no decía ni una palabra en la casa donde estaba alojado. Cumplía su diario trabajo con una regularidad y presteza que encantaban á sus jefes, jamás se quejaba por exceso de faena, era un empleado modelo. Sus compañeros le respetaban por su inteligencia y su sombrío mutismo; sus jefes le ascendieron tres ó cuatro veces, sin que el anuncio de la buena nueva le produjera efecto alguno. Limitábase á dar las gracias con frialdad y volvía á su trabajo. Por las noches pasaba horas y más horas contemplando el parpadeo de las estrellas y los abismos oscuros en que lucían. Era, á no dudar, un muerto ambulante, un cadáver galvanizado.



NOTA RARA EN BARCELONA.

Fot. Vázquez, hermanos.

¡Qué tristeza, qué vacío tan inmenso sentía en su interior! No hojeaba jamás un libro, no tocaba nunca los periódicos, jamás puso los pies en un teatro ni en un café. Los días festivos los pasaba encerrado en su cuarto, tendido en la cama, con los ojos abiertos, inmóvil, anonadado. Otra naturaleza menos robusta que la suya habría ya sucumbido, sometida al interno tormento, que debía ser indecible, el tormento de recordar la felicidad pasada, en el seno de la miseria y del abandono presentes.

Una noche ¡oh, cómo la recordó toda su vida!, estaba sentado en el interior de un coche del tranvía y había junto á él varios asientos desocupados. De repente, paró el coche, subieron varias señoras, y una de ellas se sentó á su lado. No se movió para mirarla. Absorto, como de costumbre, tenía fijos los ojos... que miraban sin ver.

—No, mamá, dijo una voz fresca y juvenil.

Juan se volvió bruscamente, pálido, convulso. ¿Es que los muertos hablan? ¿Es que la tumba se ha abierto? ¿O es que la locura, la repugnante pero libertadora locura se ha apoderado de su cerebro?

No. ¡Milagro! ¡Milagro! La fuente que se había secado vuelve á manar; la vida que se detuvo pónese en marcha; las brumas se disipan y luce radiante el sol. La divina forma no podía perderse; aquel peregrino maridaje entre el color y la línea, entre la línea y la expresión, entre la expresión y el sentimiento, aquel dechado de perfecciones no podía morir. Es ella, sin ser la misma; son sus ojos aquellos ojos azules que le miran admirados, picarescos y cariñosos á un tiempo; aquellos son los labios que tantas veces ha besado; aquellos los menudos dientes de que ha sentido la frescura; y aquella voz clara y sonora, que vibra en el alma dejando un recuerdo de amor, es la voz que oye en sueños, que en otras épocas le ha llamado cariñosamente, le ha consolado, le ha reñido, le ha dado esos nombres que ya no ha de oír más.

—¡Rosal! —murmura, más que con los labios con el pensamiento; —pero la joven lo ha oído, sus claros ojales expresan una sorpresa sin lími-

tes. Mira las facciones marchitas de aquel hombre, su traje descuidado, y piensa que es imposible que sepa su nombre... pero, cuando encuentra sus ojos, siente á su vez una sensación extraña. Advierte el ansia indecible, el cariño inmenso con que aquel hombre la contempla, y fijándose en su grado en él, ve como se transfigura. Un brusco movimiento, pone erguido su torso, la cabeza se echa atrás, la sangre colora las facciones que adquieren expresión y vida, y los pardos ojos estriados de oro diríase que reflejan el aura de demencia que en aquel momento azota las paredes de su cráneo.

Suena una campanilla. El coche se para. La radiante aparición se desvanece. Juan vacila un instante... después, sin importarle que se puedan reír de él, baja á su vez. La figurita avanza con seguro paso. El hombre, atraído por fuerza irresistible, sigue, sigue ciego, sordo, indiferente á cuanto pasa por su lado; podría caer un rayo y no lo sentiría. Adiós, visión de juventud y dicha! Pero antes de desaparecer, la joven ha vuelto á mostrar el perfil correcto y gracioso. Las líneas que lo forman quedan impresas en la semi-obscuridad, con trazos de fuego.

—¡Rosal! ¡Rosal! —murmura Juan, sollozando.

Tres meses después, Rosa está en un patio. Vestida de blanco, con unos rojos claveles por todo adorno, atrae todas las miradas, sin que las suyas se fijen en nadie. ¿Por qué de repente se estremece y siente que la sangre se agolpa á su rostro? Es que en el patio del lado entra un hombre. No es joven, no es hermoso, parece cansado y triste. Da la espalda á la escena. Diríase que mira á la sala, pero Rosa sabe que mira á ella, y cuando sus labios se mueven de un modo imperceptible, advina que aquellos labios pronuncian su nombre. ¿Por qué siente tan grande simpatía por aquel hombre que no es joven ni hermoso? Las facciones, regulares, son duras, acentuadas; la frente amplísima, impone; la boca de correcto dibujo, está cerrada con fuerza. Los ojos, aquellos ojos que parecen reflejar una intensa locura de cariño, son los que atraen y dominan. No hay modo de substraerse á su dominio. Rosa se pregunta si no ha visto á aquel hombre muchos años atrás. Parecele que la ha querido mucho en otra época, cuando era una niña, y sin querer, pero sin poder remediarlo, sus azules ojos buscan los ojos con estrías de oro.

Desde aquella noche, no pasa un día sin que aquel hombre le vea muchas veces. Ella misma procura renovar las ocasiones. No le ha hablado nunca; pero sabe que si un día su voz manda, obedecerá.

—¿Sabes quien es ese caballero?

La amiga de Rosa sonríe y contesta:

—Sí; Juan Huerte, un hombre que había sido muy rico, que quedó arruinado, que había desaparecido, y que ahora ha escrito ese libro que lee todo el mundo.

—¿Qué libro?

—La vida pobre.

Rosa no pregunta más; pero su amiga le explica que Juan es viudo hace tres ó cuatro años.

—¿Sabes como se llamaba su mujer?

—Como tú, Rosa.

—¿La conocías?

—No; pero dicen que era muy guapa.

Rosa comprende la exclamación ahogada de Juan en el tranvía.

Muchas horas han caído en el abismo de la eternidad.

Juan ha luchado en vano contra el recuerdo y la visión viviente. La rosa perfumada y henchida de savia ¿no es acaso aquella misma rosa que un día besó marchita y que tragó la tierra?

La eterna historia se renueva. El agua del río camina hacia el mar. Así como el abismo llama otro abismo, así un amor inmenso atrae otro amor. Rosa ama á Juan con toda su alma; Juan revive su existencia pasada, en el amor de Rosa. Las dificultades excitan á vencerlas. Los padres de la niña opónense á lo que juzgan amor de un día; pero Juan trabaja sin descanso en el silencio y la quietud de la noche, y á cada nueva obra que brota de su pluma suena un aplauso estruendoso, y acude el dinero á prestarle el poder que le faltara. Rosa le anima con entusiasmo. Segura del final triunfo, soporta las pruebas á que la somete la tenaz negativa de sus padres. ¡Dios no permita que la pasión que siente la arrastre á la desobediencia; pero nadie puede impedir que en el fondo de su pecho arda la llama que fecundiza al mundo; que esa interna hoguera se asome al cristal de los ojos.

Por fin llega el día de la victoria. El nombre de Juan vuela de boca en boca; su reputación traspasa las fronteras de su patria. Toda resistencia cede. Rosa es feliz, la Iglesia bendice su amor, y la une con lazo indisoluble al hombre que la adora y que sólo la muerte apartará de su lado.

Al volver de la ceremonia augusta, Juan, estrechando las manos de Rosa, decía así:

—Habla, habla sin cesar, amor mío. Tu voz es regalada música para mí. Deja que beba en esa fuente de armonía que tanto tiempo estubo seca. Esa voz ha sido tan potente como la del Cristo; también mi cuerpo ha dejado la tumba, á su mandato. Bendita seas, dispensadora de vida, manantial de esperanza. Al contacto de tu cuerpo joven, el mío, cansado, se rejuvenece. La nieve de la montaña se derrite cuando el sol la besa, y aquella masa fría, mensajera de muerte, baja en cristalinis arroyos á fecundar la tierra, á renovar la vida. Por ti he huído de la muerte que creía mi postrer amante; por ti ha brillado de nuevo la luz de mi inteligencia; y los aplausos con que se acogen mis obras, tú los has hecho estallar. Rosa de Jericó, has cumplido la maravilla de que habla el Evangelista: has florecido dos veces y convertido en oasis el erial.

J. LORING



LA CADENA DE LA VIDA

MUJER, no comprendo esas lágrimas. Si alguien te viera, creería que en vez de tratarse del casamiento de tu hija, se trataba de su muerte. Vamos, Margarita, ten juicio. El casarse es la cosa más natural del mundo. ¿No te has casado tú conmigo? Verdad es que hace muchos años...

—Todo cuanto me dices, querido Pepe, es lógico. Será una ridiculez, pero ¿qué quieres? no lo puedo remediar. Trato de hacer de tripas corazón, de no pensar más que en la felicidad de nuestra hija, de mi Rosa de mi alma, y sin embargo, ¡me da una pena tan grandel!

—Es una solemne tontería. Rosa ha encontrado un marido guapo, joven, rico, de talento y de un porvenir brillante.

—Lo que ella se merece.

—Conformes. Yo he procurado, durante mi vida, economizar algunos miles de duros para ella, y hoy que ya la nieve de los años ha cambiado el color de nuestros cabellos, hoy que aquella niña de los tirabuzones rubios se ha convertido en una mujer hermosa, ¿qué hemos de hacer? Recrearnos en su felicidad y esperar con paciencia, que nos traigan de París un nietecito, metido en una cesta con cintas y flores.

—O yo no me explico, ó tú no quieres comprenderme. Yo no me lamento de que nuestra hija se haya casado, ni que el partido sea mejor ó peor: mi desconsuelo es, por el vacío que al abandonarnos deja en torno nuestro. Nosotros ya somos viejos.

—No recuerdes cosas tristes.

—Déjate de bromas. Rosa era para nosotros, como el agua cristalina que corre al pie del árbol añoso: nos daba vida. Al lado de ella, las penas se olvidaban. Siempre tenía para sus padres una mirada cariñosa. Hoy...

—La tendrá para su marido, no seas egoísta. Haz el favor de enjugar tus lágrimas, porque tenemos que volver á casa del padrino, de donde salimos después de almorzar, sólo por media hora, para que te cambiaras de traje, y ya llevamos cerca de una hora hablando tonterías.

—¿Tonterías?

—Sí. Como yo fuera un hombre de esos que se entristecen cuando ven llorar á alguien, estaríamos haciendo un paso de comedia. La suerte es que no soy así. En la guerra se aprende á verlo todo con indiferencia, y conste que esto no lo digo por el caso presente. Acostumbrado á oír silvar las balas junto á mí, las cosas de la vida no me impresionan tanto.

—¡Dichoso tú!

—Conque en marcha, que ya estarán impacientes esperando nuestra llegada. El tren sale á las seis, y son cerca de las cinco.

—Vamos.

—Limpíate bien los ojos, no vayan á conocer que has llorado; entonces, ¡qué diría la gente...!

—Mamá de mi alma. Papá de mi corazón. Habéis tardado.

—Tu madre que se ha entretenido.

—¿Ya están ustedes de vuelta?

—Sí, hijo mío, y no te digo yerno, porque esa palabreja la inventó el demonio, en un rato de mal humor.

—¿Os habéis divertido mucho?

—Sí, mamá, muchísimo. ¿Estás triste?

—¿Triste? No; como quieres que lo esté, viéndote tan dichosa.

—Con decirte que venía cantando por la calle.

—¡Qué exagerado eres!

—¿Y para el padrino no hay nada?

—No ha de haber, para mi Paco querido, para el compañero de armas, un abrazo y muy fuerte...

—Aprieta, viejo soldado.

—Eso es, todo para el padrino y para la madrina?

—Para la madrina, otro abrazo...

—Ya que estamos todos juntos ¿le parece, que vayamos hacia la estación, que va siendo hora?

—Miren el novio, que prisa tiene...

—Padrino, no sea usted malo...

—Los trenes no esperan.

—Por nosotros en marcha. Tú dale el brazo á tu mamá política, tú ofréceselo á tu padre, y los demás que se arreglen como puedan: cada oveja con su pareja.

—¡A la estación!

—A la estación.

—Van los coches atestados. Qué afluencia de viajeros.

—Tú, aquí, de espaldas á la máquina.

—Bueno, mamá.

—Y tú, cuídamela mucho.

—Que telegrafíes en seguida.

—No faltaba más...

—¡Señores viajeros al tren!...

—Andad, andad, no os vayáis á quedar en tierra.

—Adiós, mamáita. Adiós, papá. Adiós, padrino. Adiós, madrina. Adiós, todos...

—Hagan el favor, que voy á cerrar la portezuela.

—¡Hija de mi alma! escribeme pronto.

—Descuida.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

—¡Adiós!...

El tren salió del andén arrojando chispas y humo por la chimenea de la máquina, llevando orgullosa hacia la felicidad á los recién casados.

Los dos viejos permanecieron algunos minutos inmóviles, mirando á lo lejos, como si quisieran percibir en el horizonte el tren y asomada á la ventanilla á Rosa, que les tiraba besos con las manos. La madre lloraba como una Magdalena, el padre bromaba como de costumbre.

—Vaya, vaya, esto se acabó; ya no hay más que hablar.

—Bueno; pues ahora á casa, á descansar ¡que buena falta nos hace!

—¿Nos veremos mañana?

—Sí, iremos á tu casa.

—Hasta mañana.

—Que sea enhorabuena.

—Muchas gracias...

—¡Ajajá! qué ganas tenía de volver á casa; porque el día ha sido de prueba.

—Ya estarán cerca de Torreledones.

—Quién sabe donde estarán, mujer.

Después de este breve diálogo, don José se sentó en una butaca enfrente á su esposa; apoyó la cabeza en las manos y cerró los ojos. Doña Margarita lloraba.

Era aquel un momento difícil de describir.

De pronto, el semblante de don José fué cambiando de aspecto. Aquellos ojos siempre risueños, fueron poco á poco volviéndose melancólicos, hasta que dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.



Entonces se levantó, se acercó á su compañera de toda la vida, y cogiéndola con cariño las manos, le dijo:

—Vieja mía, ¡no puedo más! ¡Me ahogo! ¡He disimulado tanto! ¡Se ha roto un eslabón de mi alma! ¡Qué triste es la cadena de la vida!

Y rompió á llorar copiosamente.

EDUARDO MONTESINÓS

MADRID ELEGANTE

CUANDO esta crónica se publique, no quedará ya más que el recuerdo de las brillantes fiestas celebradas en la Corte durante la primera quincena de Febrero: la ceniza simbólica habrá ya señalado con su triste huella la blanca frente de las aristocráticas hermosuras que días antes resplandecían entre los fulgores de las joyas y entre la malla sutil de los encajes; á las almiradas frases de rendidos amantes, substituirán las pláticas severas de los jesuitas inflexibles; á las *matinées* y á los saraos, los piadosos ejercicios; todo habrá cambiado de aspecto, aunque, transcurridos los cuarenta días de forzoso recogimiento, vuelvan á repetirse las fiestas, se escuchen los acordes de la orquesta preludiando valsos y rigodones, abandonen las joyas sus aterciopelados estuches, y se abran de par en par las puertas de los salones de baile.

Entretanto, recordemos las pasadas alegrías; describamos, siquiera sea á vuelo de pluma, las espléndidas fiestas, y demos á nuestros lectores algunos datos inéditos de los que se escapan á la crónica diaria, á la que se escribe para la prensa de gran circulación, cuando apenas se han apagado las luces que iluminan los salones, y cuando todavía vibran en el aire las últimas notas del vals, á cuyos acordes ha danzado toda la juventud aristocrática de la Corte.

La primera fiesta, la que por decirlo así, ha roto el hielo ha sido la inauguración del teatro de los Marqueses de Monteagudo.

Teatros de salón ha habido muchos, y de ellos han salido notables artistas; pero aun teniendo que luchar con tan ilustres ascendientes, el teatro levantado en el magnífico *hall* del palacio de la calle de Fomento, ha dejado gratísima impresión en cuantos asistieron á sus representaciones.

Aparte del teatro del Palacio de Denia, cuya riqueza, amplitud y suntuosidad sólo hallan término de comparación en los que sirvieron para que brillasen la gracia y elegante coquetería de Mme. de Pompadour, no recordamos otro escenario de salón, de más bellas proporciones que el de los Marqueses de Monteagudo. Alzase, como hemos dicho, en el fondo del *hall*, entre antiguos tapices y plantas espléndidas, y la anchurosa sala, además de poder contener cómodamente más de doscientas personas, está decorada con telas antiguas, armaduras, vitrinas repletas de preciosidades artísticas, estatuas, muebles florentinos y cuadros de preciadas firmas.

Se necesita, pues, un mérito superior para atraer hacia la escena la atención del público, por tantos y tan bellos objetos solicitada; si en el escenario no aparecieran *actrices* hermosas y elegantes, cómo apartar la vista, por ejemplo, de las miniaturas que reproducen las bellezas de las Cortes de Luis XV y Luis XVI?

Precisa, pues, mucho arte dentro, para que la vista no se distraiga fuera, y el arte y la belleza hallábanse representados en aquella escena, por la señora de Vera, por la Marquesa de Valdefuentes y por la Condesa de Catres, secundadas admirablemente por don José de Vera, por los Marqueses de Valdefuentes y de Somosancho, por el Duque de Luna, por don Manuel Crespi de Valdaura y por Pepito Santos Suárez, entre otros.

El éxito fué completo; todas las obras hasta ahora representadas han obtenido perfecta ejecución, pero muy especialmente la linda zarzuela *De P. P. y W.*, poco conocida de la sociedad aristocrática, por haberse estrenado en el *Teatro Romea*, expresamente escrita para la genial Loreto Prado.

De todo el cuerpo diplomático, únicamente los señores de Radowitz, se hallan este año en condiciones de recibir y agasajar á la sociedad madrileña. Enferma Lady Wolf, la esposa del Embajador de Inglaterra, recién llegado el nuevo Embajador de Italia Conde de Collobiano, que es un hombre soltero; apenas presentada en sociedad Mme. Patenôtre, la bella esposa del Embajador de Francia; de luto el Conde Dubsky por la rápida muerte de la Emperatriz de Austria-Hungría, y apenas instalados en su nueva residencia el Embajador de Rusia y Mme. Schewitz, solamente la Embajada de Alemania podía continuar la tradición de esplendor del cuerpo diplomático.

Y lo ha hecho por manera brillante: tres bailes se han celebrado en los hermosos salones del ilustre representante del Emperador Guillermo, y los tres han sido á cual más lucidos y animados. Allí se han presentado hermosuras espléndidas, largo tiempo retraídas de la vida de la sociedad; allí apareció, como esposa del Secretario de la Embajada de Inglaterra, Mr. Crakentpote, la que de soltera brillaba en los salones con el nombre de Ida Sickles; allí reaparecieron, tras larga ausencia, la bella Marquesa de Casa-Torres y la Marquesa de Alquibla, una hermosura granadina.

Un detalle de estas agradables reuniones: en el comedor se servía una bebida tan deliciosa, que una ilustre dama acudió al Embajador para que le diera la receta, y Mr. de Radowitz, galante como buen diplomático, no

sólo la envió la receta, sino que la noche en que la citada dama recibió á sus amigos, el propio *maitre d'hôtel* de la Embajada fué el encargado de confeccionar y servir la deliciosa bebida.

La moda de las cadenas ó *sautoir* está tan en auge, que ya no se llevan sólo en la calle para sujetar el manguito ó el reloj, sino que constituyen adorno indispensable de los trajes de baile; y sobre los trajes de raso y encaje negro, se llevan de turquesas y brillantes; sobre los vestidos blancos ó rosa, de coral y zafiros blancos; y las hay con perlas y esmeraldas, y con brillantes y rubíes.

Muchas damas, como la Marquesa de Squilache, que poseen magníficos collares de perlas, los han hecho montar en forma de larguísimo hilos, cada perla separada por un *zafiro blanco*, tallado como el brillante; resultando un conjunto admirable.

Otra de las fiestas, — quizás la más suntuosa, — ha sido la celebrada en las habitaciones que en el palacio de Villahermosa ocupa la ilustre Marquesa de Squilache; nada ha faltado allí, para que la fiesta pareciera un baile grande: crecido número de invitados; las damas luciendo *toilettes* y joyas como para una gran fiesta; presentación de varias jóvenes en sociedad, — señoritas de Alava, Castilleja de Guzmán, Dracke de la Cerda y Martínez de Irujo; — espléndido *buffet* y un notable sexteto.

La Marquesa tenía proyectado un baile *de cabezas*, que luego hubo de suspenderse con motivo del fallecimiento de la señora de Liñán; y á propósito de este baile, no realizado, se cruzaron cartas curiosísimas entre la distinguida dama y el insigne literato don Juan Valera.

Dudaba la Marquesa de Squilache de la forma correcta de hacer las invitaciones para su fiesta, en castellano, pues no le parecía oportuno recomendar á las señoras que se *hicieran la cabeza*, como es la traducción literal del francés, y escribió á su antiguo amigo, el ilustre autor de *Pepita*



NOTA RARA EN BARCELONA.

Fot. Vázquez, hermanos.

Jiménez, pidiéndole una fórmula para salir del apuro. Don Juan Valera, en una carta hermosísima como suya, la respondió lamentándose del aprieto en que le ponía con su pregunta, pues como ahora todas las modas nos vienen del extranjero, no es fácil adaptarlas á nuestro idioma; esto no obstante, enviaba la fórmula pedida, y ya estaban en la imprenta haciéndose las invitaciones, que los amigos de la Marquesa hubieran recibido sin sospechar el preclaro ingenio que en ellas había colaborado, cuando la muerte vino á desbaratar todos los planes.

Apenas queda ya tiempo para hablar de las tres bodas notables que se han celebrado desde que escribí mi última crónica: digamos pues, únicamente, que en este período de tiempo, se han unido en lazo indisoluble don Rafael Gordón, primogénito de la Condesa de Mirasol, con la señorita de Onteiro; la Marquesa de Trives con el Vizconde de Hornaza, primogénito de los Marqueses de Castellanos; y el Duque de Aliaga, primogénito de los de Hijar, con la señorita de Gurtuhay y González de Castejón.

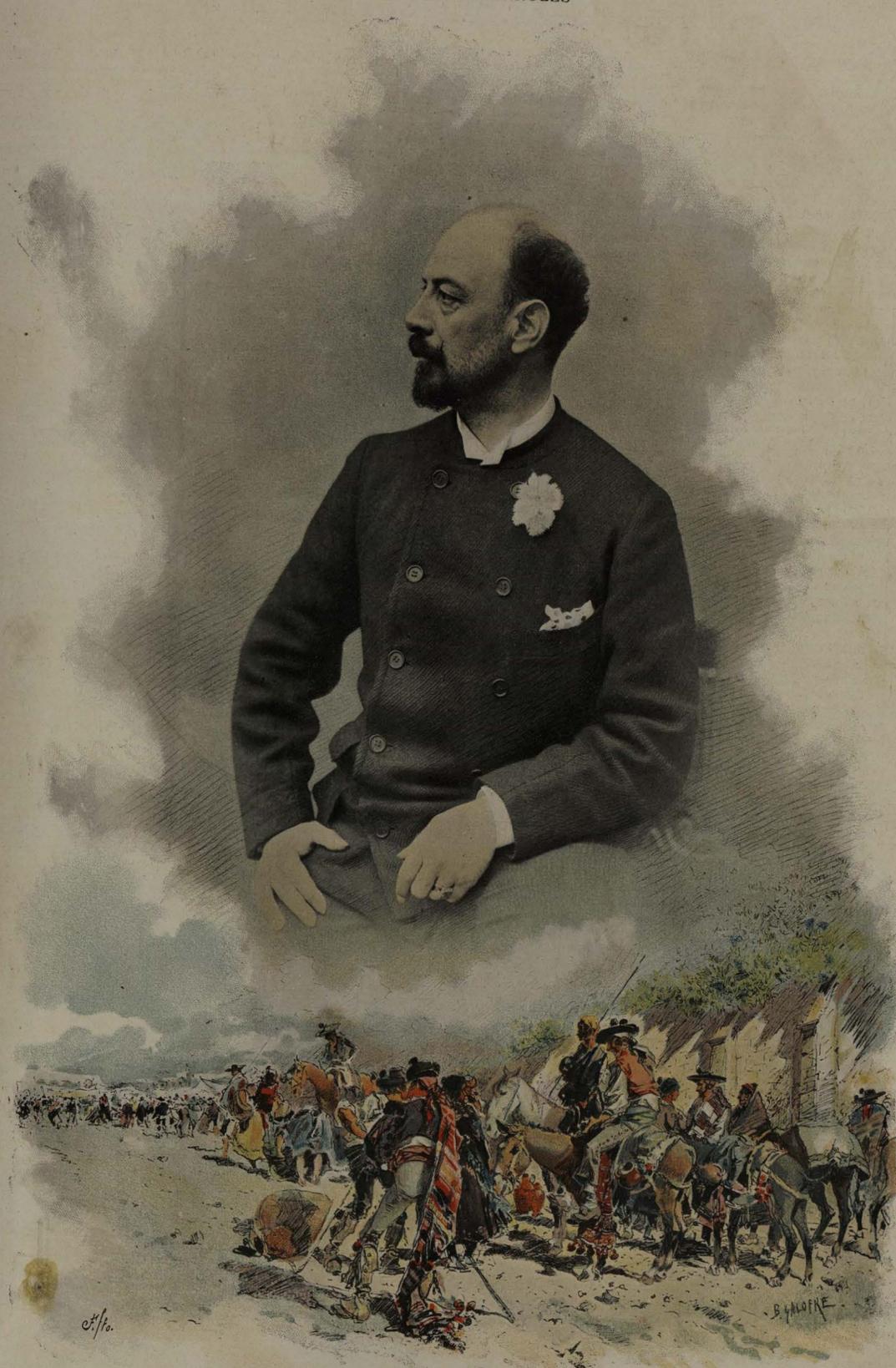
MONTE-CRISTO

EL NÚMERO PROXIMO (37 de esta publicación) verá la luz en honor del eximio pintor español

BALDOMERO GALOFRE

y estará ilustrado exclusivamente con trabajos suyos, tanto en color como en negro, — acuarelas, lápices, plumas, carbonos, etc., etc., — escogidos entre los innumerables que ha ido coleccionando durante largos años, y que constituirán en día no lejano su grandiosa obra « España pintoresca »; conteniendo además su retrato y biografía. Acompañará á dicho número, en concepto de regalo, una hermosa melodía para canto y piano, original del Mtro. Delfín Armengol. Se titula « Flor marcida », y está dedicada por su autor al insigne artista.

PINTORES ESPAÑOLES



BALDOMERO GALOFRE